

Vicenta Juaristi Eguino: la eterna rebelde que recibió a Bolívar en 1825 y su descendencia en la Bolivia de hoy

Vicenta Juaristi Eguino: The Eternal Rebel Who Welcomed Bolívar in 1825 and Her Descendants in Today's Bolivia

*Jean Paul Guzmán**

RESUMEN

La participación femenina en la lucha por la independencia tiene varias figuras clave en el ámbito urbano, entre las que destaca “doña Vicenta”, quien entregó su vida a la causa libertaria y que, en el presente, es valorada no solo por la historia, sino también por familiares que la sobreviven, como Carmen Sanjinés Soux. Esta crónica histórica rinde homenaje al legado de una pionera en la lucha libertaria.

Palabras clave: Vicenta Juaristi Eguino; revolución; independencia; La Paz..

ABSTRACT

Female participation in the struggle for independence includes several key figures in urban settings, among whom “Doña Vicenta” stands out. She devoted her life to the cause of liberty and is valued today not only by history, but also by surviving relatives such as Carmen Sanjinés Soux. This historical chronicle pays tribute to the legacy of a pioneer in the fight for freedom.

Keywords: Vicenta Juaristi Eguino; revolution; independence; La Paz.

1. INTRODUCCIÓN

Cuentan las crónicas de la época que el 18 de agosto de 1825, apenas 12 días después del nacimiento de la República, ninguna nube entorpecía el calor del sol que se derramaba sobre La Paz. Las calles del centro habían sido decoradas

* Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana (UCB). Profesor a tiempo completo de la U.C.B. Sede La Paz. Periodista.

Contacto: jguzman.s@ucb.edu.bo

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-7688-6377>

con el máximo primor para un excepcional acontecimiento: la llegada de los libertadores Simón Bolívar y José Antonio de Sucre.

Cerca al mediodía, los campanarios de las iglesias repicaban con frenesí y una hilera de cañones arrojaba un estremecedor estruendo que erizó la piel de una multitud inquieta. Eran las señales que anunciaban una imagen que años atrás habría parecido apenas un sueño ansioso: sobre dos soberbios alazanes, Bolívar y Sucre arribaban a la tierra que luchó como pocas por la emancipación de América.



Monumento a Vicenta Juaristi Eguino
Dibujo: Franz Ballesteros

En el puente llamado Coscochaca, donde hoy se halla la calle Tumusla, se había construido un enorme portal con el propósito simbólico de que, al cruzarlo, Bolívar ingresara a la tierra que, desde las rebeliones indígenas del siglo XVIII hasta la sublevación urbana de 1809, había luchado por gobernarse a sí misma.

En el umbral del portal no esperaba al Libertador un general, tampoco un caudillo, menos una autoridad municipal o un ilustre escribano. Allí estaba una mujer, Vicenta Juaristi Eguino, quien tomó las bridas del caballo y lo condujo a centímetros del ingreso. Según relata Luis S. Crespo (1925), en su libro *Las mujeres del tiempo heroico*, Juaristi Eguino pronunció en ese trascendental momento el siguiente discurso:

¡Libertador! La misión que los mártires del año nueve impusieron desde el cadalso a sus hijos, la habéis cumplido. La sangre que regó en el suelo que pisáis es la savia que da vida al árbol de la libertad, bajo cuya sombra hoy gozamos de la justicia de nuestra causa, del derecho de nuestra victoria y de las garantías que nos da la independencia. A nombre de esta ciudad os saludo, entregándoos esta guirnalda como enseña de gratitud (Crespo, 1925).

Esas palabras arrancaron un estruendoso aplauso del gentío congregado en el lugar, junto a jubilosos gritos de “¡Viva la República!”. Instantes después, Juaristi Eguino entregó al Libertador una corona de filigrana de plata tachonada de piedras preciosas, presentó la llave que simbolizaba el acceso a la ciudad e invitó a Bolívar a hacerse de ella:

Entrad pues a la ciudad, cuna de la libertad, y que vuestra triunfante espada abra esta puerta para que desde hoy La Paz pueda imitar vuestras virtudes, ya que antes imitó a sus progenitores en el sacrificio y martirio de sus hijos.

Agrega el historiador que “la desenvoltura y la belleza de Eguino llamaron la atención de Bolívar y de todos sus acompañantes. El Libertador, admirado de encontrar una mujer que reunía en sí la noble apostura de la inteligencia, de la elocuencia y del patriotismo, le dirigió una mirada de afecto y correspondió a sus palabras con una venia cortés y afable” (Crespo, 1925).

Después, Bolívar cabalgó a paso lento hasta la Casa de Gobierno, donde José Antonio de Sucre lo esperaba para un homenaje, en el que el protocolo quedó pulverizado por la sencillez de los gestos de ambos hombres. Sucre tenía previsto colocar a Bolívar una guirnalda de oro en las sienes, pero este la rechazó e intentó imponerla a Sucre, argumentando que él había dado la libertad a esas tierras. Sucre también se resistió, afirmando que “vuestro solo nombre (Bolívar) me hizo vencer en Ayacucho”.

La escena generó asombro y aplausos entre los asistentes, quienes luego se dirigieron a la Catedral para un tedeum, no sin antes recibir los vítores de una multitud calculada en veinte mil almas, cuya sonora aclamación compitió con 21 cañonazos y alocados campanazos que saludaban a los ilustres visitantes.

Pero ¿quién era la carismática Vicenta Juaristi Eguino que representó a todo un pueblo para recibir al Libertador en esa histórica jornada?

2. VICENTA, HUÉRFANA

El infortunio y la tragedia marcaron el nacimiento de Vicenta Juaristi Eguino Diez de Medina el 3 de abril de 1780 en La Paz. La estela de la desgracia volvió a golpearla 15 años después.

Su padre, de origen español, era el acaudalado Francisco Javier Juaristi Eguino; su madre, María Magdalena Antonia Diez de Medina, había nacido en La Paz. Se casaron el 29 de abril de 1784 y, antes de Vicenta, tuvieron otro hijo, Pedro.

María Magdalena Antonia murió al dar a luz a Vicenta, mientras su esposo no se encontraba en la ciudad. Un franciscano caritativo, Damian Jurana, acogió a la recién nacida en su convento durante algunos días, donde recibió el bautizo.

Ya bajo el cuidado de su padre, Vicenta creció al abrigo de un hombre afectuoso y firme, de quien también quedó huérfana a los 15 años. Su hermano Pedro asumió desde entonces el rol de compañero y protector.

Vicenta y Pedro heredaron una cuantiosa fortuna, entre la que se contaban cinco casas en La Paz —entre ellas el actual museo Tambo Quirquincho—, haciendas en Yungas, Caracato, Sapahaqui, y Río Abajo; además de una servidumbre de negros criollos y africanos.

A los 18 años se casó con Rodrigo Flores Picón, natural de Mérida (España), quien lucía en La Paz galones de capitán y ayudante mayor del ejército real. Luego simpatizó con la causa independentista y se sumó a las filas patriotas, pero la desventura volvió a golpear a Vicenta: su esposo murió víctima de una epidemia de disentería.

Para entonces, Vicenta ya aborrecía el régimen colonial y empezaba a tejer las primeras acciones que la llevarían a dedicarse plenamente a la causa de la república.

Sus biógrafos dicen que muy probablemente esa vocación la llevó a romper su segundo matrimonio, con Mariano de Ayoroa Bulucua y Pacheco, natural de

Coripata (Yungas-La Paz). Nombrado subteniente del ejército realista por el virrey de Buenos Aires, Ayoroa no tenía ya nada en común con Vicenta cuando ambos optaron por el divorcio, ejecutado mediante sentencia de un juzgado eclesiástico, como mandaban las normas de ese tiempo.

3. LA REBELDE

Los estudios sobre Vicenta Juaristi Eguino destacan que fue parte activa de la rebelión del 16 de julio de 1809, pionera de las gestas libertarias americanas.

Su casa fue sede de reuniones de Pedro Domingo Murillo y otros alzados antes y después de la proclamación de la Junta Tuitiva. Sus biógrafos afirman que financió una fábrica de cartuchos y donó 8.000 pesos para los primeros trabajos revolucionarios y gratificaciones a la tropa.

Tras la derrota del alzamiento por el general español José Manuel de Goyeneche, Juaristi Eguino fue sentenciada a pagar una millonaria multa, se le confiscó el Tambo Quirquincho y quedó confinada un año en su hacienda de Salapampa, en Río Abajo.

Apenas dos años después volvió a las actividades rebeldes. En abril de 1811 brindó atenciones y cubrió gastos del ejército argentino que llegó a La Paz con su hermano Pedro como oficial. Estas tropas fueron derrotadas por el ejército realista y Vicenta se replegó a sus fundos en Yungas, Sapahaqui y Salapampa.

La adversidad volvió a alcanzarla en 1814, cuando otro alzamiento armado en La Paz, en el que participó incluso como combatiente, terminó en derrota y derivó en su captura, prisión y condena a muerte. Una trabajosa gestión ante el virrey de Lima evitó su ejecución y le devolvió la libertad.

El año 1823 fue de contrastes para Vicenta: abatimiento al enterarse de la muerte de su hermano Pedro en Chile, y esperanza al manifestar personalmente en Laja al general Andrés de Santa Cruz su lealtad a la causa libertaria.

La independencia del poder español –meta a la que Juaristi Eguino entregó su vida– se consumó finalmente en diciembre de 1824, cuando el Ejército Libertador del Perú, al mando de Sucre, derrotó a las tropas realistas.

4. LA DESCENDENCIA

Vicenta Juaristi Eguino murió el 14 de marzo de 1857, cuando la República de Bolivia ya estaba consolidada. Lo que alguna vez pareció una utopía era entonces una realidad.

Con la fortuna notablemente reducida, pero rodeada del amor de su familia, pasó los últimos años de su vida dedicada a cuidar de sus hijos y a ayudar a los desamparados.

A sus funerales asistió el presidente de ese entonces, general Jorge Córdova, quien presidió las ceremonias en la iglesia de La Merced, desde donde el cuerpo fue trasladado al Cementerio General.

La revista *Ciencia y Cultura* entrevistó en 2025 a una de las descendientes de Vicenta Juaristi Eguino: Carmen Sanjinés Soux. A sus 75 años, Carmen está doblemente orgullosa de los orígenes de su sangre: del espíritu rebelde y libertario de su pariente, Vicenta Juaristi Eguino, y de ser una boliviana que celebra los 200 años de la patria.

Carmen Sanjinés Soux, abogada y docente universitaria, desciende de la única hija mujer de Vicenta, Benita Eguino. Uno de los hijos de Benita fue Víctor E. Sanjinés, padre de Alfredo Sanjinés, quien a su vez fue abuelo de Carmen.

Los recuerdos familiares más remotos de Carmen alcanzan hasta su abuelo Alfredo, por quien profesa un especial cariño. Carmen es una persona extremadamente amable en el trato, cuidadosa con los documentos que conserva sobre el origen y la producción intelectual de su familia, y emotiva cuando recuerda que por sus venas circula la sangre de la heroína.

Al hablar de su abuelo, llega inevitablemente el recuerdo de su padre, Víctor Alfredo Ezequiel Sanjinés Zuazo, y de su madre, María Julia Soux Douplicheit.

Me acuerdo mucho que cuando mis papás viajaban, mi abuelo y su esposa venían a la casa a cuidarnos. Su esposa se llamaba María Carmen Zuazo de Sanjinés. Mi abuelo tenía una costumbre muy linda, escribía al amanecer en máquina mecánica, y a mí me encantaba oír el sonido de las teclas”, rememora Carmen, y complementa: “Mi abuelo siempre me contaba las historias del 16 de julio, del 6 de agosto, de varios capítulos de la historia del país. También íbamos a los desfiles y me compraba una banderita de Bolivia (C. Sanjinés Soux, comunicación personal, 2025).

5. LAS EMOCIONES

Carmen explora en su memoria y destaca que su abuelo era fiel a las ideas liberales, en una época en la que la violencia era un arma común para enfrentar al adversario. “Una vez asaltaron su casa y, claro, la incendiaron, perdiéndose muchas cosas por la famosa política, entre ellas muchos de sus libros”, evoca con pena.



Carmen Sanjinés Soux, descendiente de Vicenta Juaristi Eguino.
Fuente: Foto del autor.

Carmen buscó libros escritos por su abuelo con una dosis de paciencia y otra de tozudez: “Iba a los lugares donde vendían libros antiguos y allí conseguí este”, cuenta mientras muestra un ejemplar de la autoría de Alfredo Sanjinés, al que cuida como un tesoro. “Este es el que más quiero; ha sido difícil conseguirlo. Me lo han sacado del Archivo Nacional de Sucre”, relata.

Cuando se le pregunta acerca de las emociones que le genera el bicentenario de Bolivia –patria a cuya fundación contribuyó decisivamente su pariente–, Carmen responde: “Imagínese... Primero tengo un agradecimiento a Dios porque Él me ha concedido esta familia. Y segundo, tengo un gran orgullo por lo que mi familia ha aportado al país. Ahora muchos usan de Bolivia, a diferencia de mis parientes (comenzando por Vicenta Juaristi Eguino), que más bien hicieron todo lo posible para que Bolivia sea grande. Ellos donaron su sabiduría al país”.

Al reflexionar sobre los 200 años de la patria y el legado de quienes combatieron para dar a luz a Bolivia sin medir sacrificios ni renunciamentos, Carmen se emociona, casi hasta el borde de las lágrimas, y dice: “Ellos empezaron a organizar Bolivia en una época en la que había cosas muy lindas: el honor, los valores, el verdadero amor a la patria...”.

“Se sentía de verdad a Bolivia en el corazón en esa época”, remarca Carmen Sanjinés Soux con una expresión de profundo orgullo, quizás la misma que sintió su pariente Vicenta Juaristi Eguino cuando trasladaba cartuchos para las armas de los patriotas, cuando sufría en las prisiones del poder colonial, cuando conspiraba junto a Pedro Domingo Murillo y cuando experimentó el infinito honor de representar a un pueblo al recibir en La Paz a Simón Bolívar.

Porque, al fin y al cabo, el orgullo y la rebeldía se llevan en la sangre por los tiempos de los tiempos...

Referencias

1. Crespo, L. S. (1925). “Doña Vicenta Juarista Eguino” en *Las mujeres del tiempo heroico*. La Paz: Impr. "Renacimiento".
2. Sanjinés Soux, C. (2025). Comunicación personal, entrevista sobre descendencia de Vicenta Juaristi Eguino.